

El Cardenal, que tenía espías en todas partes, tuvo noticias de estas relaciones con la corte de Bruselas y mandó prender á La Porte, ayuda de cámara de la reina, encargado de entregar las cartas á un tal Anger, secretario de la embajada de Inglaterra, el cual las hacía llegar á su destino.

Al mismo tiempo, el canciller Seguier, acompañado del arzobispo de París, Juan Francisco de Gondi, se personó en Val-de-Grace para interrogar á la superiora. El prelado intimó á ésta que dijera, bajo pena de excomunión, si la reina escribía al marqués de Mirabel, á lo que la religiosa contestó que la reina escribía á menudo, pero que ella no sabía qué era lo que escribía; en su consecuencia, fué relegada á la abadía de La Charité con otras tres monjas.

Ana de Austria al principio negó resueltamente: «Llegado el día de la Asunción (15 de agosto de 1637), la reina, después de haber comulgado, llamó al señor Le Gras (uno de sus secretarios) y le juró de nuevo, por el Santo Sacramento que había recibido, que no había escrito á país extranjero, y le mandó que nuevamente diese seguridades de ello al dicho cardenal, por los juramentos que ella había hecho.» Pero cuando se enteró «de que sabían más de lo que ella decía,» y luego que el Cardenal le hubo prometido que, con tal que lo dijese todo, el rey daría al olvido lo pasado, le confesó «que había escrito varias veces al Cardenal-Infante y al marqués de Mirabel..., á Flandes, y había recibido con frecuencia cartas de ellos.»

«Mientras hizo dicha confesión al cardenal, fué tal su vergüenza que exclamó varias veces: «¡Cuánta bondad es preciso que tengáis, señor cardenal!» y protestando de que toda su vida guardaría el agradecimiento y la obligación que entendía deber á los que de este asunto la sacaban, hizo el honor de decir al cardenal: «Dadme la mano,» presentándole la suya en testimonio de la fidelidad con que quería cumplir lo que prometía; lo que el cardenal rechazó por respeto, apartándose por este mismo motivo en vez de acercarse.»

Esto no fué óbice para que le impusiera la humillación de firmar la declaración de sus faltas; y entonces el rey, por medio de otra declaración, consintió en vivir en buena armonía con ella. Richelieu es quien ha relatado, con cruel complacencia, los perjuros de la reina.

Para que el P. Caussin no se doblegara á su vez ante aquel poderoso, preciso es que sufriese una obcecación prodigiosa ó que estuviese dotado de una admirable grandeza de alma. El jesuita no desesperaba de derribar al ministro á quien echaba en cara las alianzas protestantes y todas las miserias que la guerra trae consigo.

La señorita de La Fayette, encerrada en el convento, no había caído en el olvido; Luis XIII la visitaba, conversando con ella largas horas, y el P. Caussin, convencido de la inocencia de aquellas relaciones, no vacilaba en servirse de ella para influir en el ánimo del rey. Pero, además, el jesuita obraba por su propia cuenta y se mostraba atrevido en su lenguaje, hasta el punto de que Luis XIII declaró á Chavigny «que le había puesto en tal estado al confesarse con él, que no sabía si estaba condenado.» El Padre, en efecto, le había hecho responsable ante Dios de todos los males de la guerra, de los «incendios, violaciones y otros desórdenes» que los

suecos cometían en Alemania. Un día le reprochó el querer hacer venir al Turco á la cristiandad, y habiendo el rey protestado diciendo: «Quisiera que el Turco estuviese en Madrid para obligar á los españoles á firmar la paz y unirme después á ellos para hacer la guerra á aquél,» el Padre exclamó «que el rey no podía en conciencia desear tal cosa.» Luis le hizo observar que nada emprendería sin consultar con sabios teólogos sobre la justicia de su causa; pero el confesor respondió «que se consultaba á gentes ganadas,» y al manifestarle el monarca que «se consultaba á sus propios padres» (los jesuitas), replicó «que para conquistar á los consultores se les daban altares.» El que relata esta conversación dice: «lo cual debe dar á comprender no sólo la locura, sino también la rabia de aquel pobre Padre, puesto que lo que decía era contra su compañía, á la que Monseñor el cardenal dió dos mil escudos para empezar el gran altar de la iglesia de San Luis.»

El confesor aconsejó al rey «que hiciera mediar en la paz á la reina reinante;» le habló en favor de la reina, su madre, y según parece censuró la omnipotencia de su ministro y le manifestó «que no había apariencia de que una sola cabeza gobernase un Estado y que él (Su Majestad) debía escuchar á todo el mundo. Y hasta se dice que, cuando ocurrieron los sucesos del Val-de-Grace, se admiró de que el cardenal tratase tan mal á la reina, «puesto que siempre la había querido y sentía aún gran afecto por ella.» Si es cierto que el P. Caussin aventuró esta insinuación, se comprende que un amigo de Richelieu la califique de «la más negra y condenable maldad que jamás haya concebido un fraile.» Este mismo amigo se indigna de que tal maldad haya sido admitida bajo la fe «de una persona (Ana de Austria) convicta de varios juramentos falsos» hechos «por el Santo Sacramento.»

De todos modos, el P. Caussin nunca negó que hubiese presentado á Luis XIII como deber de conciencia el que abandonase los errores de su política exterior y devolviese la paz á sus pueblos. El día 10 de diciembre de 1637 fué destituido y desterrado á Rennes, y siete días después escribía á Sublet des Noyers protestando contra su desgracia y negando haber intervenido en ninguna intriga: «Después de haberlo meditado mucho tiempo y de haber llorado y rezado delante de Dios, dije al rey lo que no podía callar sin condenarme, haciéndole ver, con efusión de lágrimas, la extremada miseria de su pueblo y el deber que su cargo le imponía.» Lo que demuestra la sencillez de su alma es que se asombrara de verse castigado tan duramente.

Si no hubiera sido por el hábito que vestía, no se habría salvado de la Bastilla por haber reanudado, con el poder que da la confesión, la política de Berulle y de los Marillac y opuesto nuevamente los intereses del catolicismo y los preceptos de la moral religiosa á la razón de Estado y á la grandeza de la corona.

Los jesuitas estuvieron á punto de perder la dirección espiritual del rey, y el provincial de la orden, para desviar el golpe, aceptó todas las restricciones que el cardenal impuso al futuro confesor.

El ingreso de la señorita de La Fayette en el claustro dió un resultado completamente inesperado. El rey, que la visitaba á menudo en las Hijas Santa María, partió de Versalles para verla un día de diciembre de

1637, y se vió obligado por el viento y la lluvia á refugiarse en el Louvre, en donde residía su esposa. Algunos meses después de este encuentro fortuito, la reina manifestó que estaba encinta y después de veintidós años de matrimonio dió á luz (5 de septiembre de 1638) un delfín, que fué más tarde Luis XIV. Richelieu tenía poderosas razones para felicitarse de un acontecimiento que alejaba del trono al hermano del rey, mas no por esto se mostró más afectuoso con la reina, antes al contrario le impuso como aya del regio niño á la señora de Lansac, «por mucho que á ella le disgustara,» y en todas ocasiones le hizo comprender que su influencia en nada había aumentado.

III.—La conspiración de Cinq-Mars

Para separar á Luis XIII de la señorita de Hautefort, con la que había reanudado sus relaciones y disputas consiguientes, Richelieu le puso al lado á Cinq-Mars, hijo del ex superintendente de hacienda De Effiat, que «el 27 de marzo de 1638, cuando aun no había cumplido diez y ocho años, fué nombrado gran maestre del guardarropa.» La simpatía que el joven inspiraba á Luis XIII se trocó muy pronto en un sentimiento más ardiente: «Nunca el rey, escribe Chavigny á Mazarino en 26 de octubre de 1639, ha sentido por nadie la violenta pasión que por él siente.» Ofrecióle el monarca el cargo de primer escudero, que habían desempeñado Baradas y Saint-Simón y le parecía inseparable del de favorito; pero Cinq-Mars lo consideró indigno de él y para complacerle fué preciso nombrarle caballerizo mayor de Francia, indemnizando al que se hallaba en posesión de este empleo.

Como no había sitio para dos personas en el corazón del rey, éste dijo claramente á la señorita de Hautefort «que ya no debía pretender su cariño, pues lo había dado por entero al señor de Cinq-Mars,» y le mandó salir de la corte (8 de noviembre).

La dicha de esta nueva pasión no tardó en verse turbada por disensiones entre ambos amigos en las que, al principio, intervenía Richelieu para amonestar á Cinq-Mars y solicitar la indulgencia del rey. «Es imposible, decía, ser joven y completamente juicioso.» Después de las riñas venían las reconciliaciones que se hacían constar en debida forma:

«Nosotros los abajo firmados, certificamos á quien corresponda que estamos muy contentos y satisfechos uno de otro y que nunca hemos estado en tan perfecta inteligencia como estamos ahora. En fe de lo cual hemos firmado el presente certificado.

»Hecho en Saint-Germain, en 26 de noviembre de 1639.

»LUIS

»Y por mi mandato,

»EFFIAT DE CINQ-MARS.»

Los enfados duraban á veces varios días. Luis XIII era de carácter melancólico y su principal placer consistía en coger zorros llenando de humo sus madrigueras, cazar lobos y coger mirlos por medio de gavilanes. Cinq-Mars, en cambio, era aficionado al lujo y á las fiestas y con frecuencia se negaba á tomar parte en las cacerías. Luis XIII, para disponerle bien, le dió en febrero de 1640 el condado de Dammartin, y en 9

de mayo del mismo año se comprometió por certificado á no atormentarle, debiendo el cardenal ser el mediador en sus discordias.

Pero las exigencias de Luis XIII eran grandes, y Cinq-Mars era joven y ansioso de placeres. El rey no podía sufrir que aquellos á quienes honraba con su amistad se casasen y, por otra parte, era casto y quería que fuesen castos sus servidores. Ahora bien, Cinq-Mars se escapaba muchas noches de Saint-Germain para ir á juntarse en París «con las gentes más honradas de la corte que habían formado una intriga de personas..., á las que se llamaba *los señores del Marais* que se reunían todas las noches en casa de la señora de Rohán, en la Plaza Real,» en donde no se aburrían ciertamente. A menudo también iba de noche solo á visitar á Marión de Lorme, la cortesana entonces en boga. Como se recogía al amanecer, dormía hasta mediodía, y el rey, que se acostaba y levantaba temprano, se indignaba de que no estuviera á su lado para acompañarle. Cinq-Mars se presentaba siempre magníficamente vestido; tenía, según dicen, cincuenta pares de botas, y esta profusión era para aquel rey económico nuevo motivo de recriminaciones.

Pero las reconciliaciones seguían á las disputas. Richelieu, en cambio, era siempre imperioso y consideraba á Cinq-Mars como hechura suya. «...En cuanto el señor caballerizo mayor cometía la más leve imprudencia propia de la juventud, el cardenal le reprendía como si se tratara de un muchacho de pocos años.» Y aun se mostró más duro con él cuando sospechó que quería desempeñar un papel político. Cierta día en que el rey había ido á Rueil para celebrar consejo, Cinq-Mars se quedó en el despacho en donde se iba á deliberar; el ministro se negó á hablar diciendo que «no había forma de comunicar los negocios de Estado á niños.»

No contento con esto, le ofendió sin motivo. Durante el sitio de Arrás (junio-agosto de 1640), Cinq-Mars, que mandaba los voluntarios, permaneció, un día de combate, al frente de su escuadrón sin cargar; y el cardenal, «hablando con Su Majestad, calificó muy injustamente el valor del caballerizo mayor.» Además, se burlaba de sus pretensiones á la mano de la princesa de Mantua que no se mostraba insensible á sus atenciones. Cinq-Mars ya no pensó más que en vengarse, dió oídos al conde de Soissons, refugiado en Sedán, y á la muerte de éste, prosiguió sus intrigas con el duque de Bouillon.

El favorito creía poder conquistar al rey, el cual, cuando le hacía ver las ridiculeces y debilidades del omnipotente, «en vez de mandarle callar era el primero en reírse.» Si Luis XIII se lamentaba de su sujeción, Cinq-Mars le hacía ver que «con una palabra podía perder al autor de sus desazones;» y si el rey alegaba los peligros de la empresa, el otro replicaba «que sólo debía perdersele dándole muerte.» El monarca objetó que siendo Richelieu sacerdote, quedaría él excomulgado, á lo que Troisvilles, teniente de mosqueteros, repuso que él se encargaba de la ejecución y que yendo á Roma no le costaría gran trabajo hacerse absolver.

La semicomplacencia del soberano alentaba todas las audacias. El duque de Orleans, conspirador incorregible, el duque de Bouillon y Cinq-Mars se pusieron de acuerdo. El amigo más querido del favorito, Francisco

Augusto de Thou, á quien éste había explicado confidencialmente el complot, intentó disuadirle de sus propósitos y, no habiéndolo logrado, encontróse dueño de un secreto que no podía descubrir sin hacer traición á la confianza y al cariño. Habiendo resuelto los conjurados asegurarse el apoyo de España, enviaron á Fontrailles, hombre de acción que habría preferido acabar de una vez por medio de un asesinato, y que después de haberse avistado con el conde duque de Olivares, regresó trayendo de Madrid un tratado en el cual se estipulaba el restablecimiento de la paz entre ambas coronas y la restitución de todas las conquistas realizadas por una y otra parte. En virtud del mismo, saldrían de los Países Bajos 12.000 hombres y 6.000 caballos que se reunirían en Sedán con Gastón de Orleáns, quien ejercería el mando en jefe y tendría á sus órdenes como mariscales de campo á Bouillon y á Cinq-Mars.

Entretanto, la corte se encaminaba hacia el Rosellón para apresurar la toma de Perpiñán; Cinq-Mars pensó hacer asesinar al cardenal en Lyon; pero Gastón, cuya presencia se consideraba necesaria para autorizar el asesinato, no compareció.

Richelieu, alarmado, no se separaba de Luis XIII; hizo las mismas etapas que él y le vió y habló con él todos los días; pero en Narbona le abandonaron las fuerzas, y mientras el rey proseguía su viaje á Perpiñán (abril), él se vió obligado á guardar cama y á hacerse transportar á Tarascón, cuyo aire, al decir de los médicos, era más sano que el de Narbona. Su salud nunca había sido buena y él acabó de quebrantarla con el exceso de trabajo, las responsabilidades del poder, las inquietudes y los temores. El cardenal dejó al lado del soberano á sus hechuras Sublet des Noyers y Mazarino, á quien había nombrado cardenal; pero Cinq-Mars se burlaba de aquella vigilancia y hacía alarde del favor del monarca cuando éste precisamente comenzaba á cansarse de él.

Luis XIII estaba perfectamente penetrado de los deberes de su cargo; la necesidad de sus negocios le obligaba á conservar á su lado al cardenal, y así se lo dijo francamente á Cinq-Mars; sin embargo, no se decidía á licenciar á este favorito de quien se había hecho cómplice.

El cardenal, que tenía espías en todas las cortes de Europa y que estaba dispuesto siempre á pagar una traición, se procuró la copia del tratado firmado con Olivares y la hizo llegar á manos del rey que había regresado á Narbona, y que, sin vacilar, mandó prender á Cinq-Mars (13 de junio de 1642). De Thou fué también encarcelado, y el duque de Bouillon arrestado en el ejército de Italia; Gastón, sorprendido por aquel brusco descubrimiento y engañado por las seguridades que le dió Richelieu, no tuvo tiempo ni voluntad para salir del reino y refugiarse en Sedán.

El rey, desde joven, había padecido de constipados rebeldes y posteriormente había enfermado á consecuencia del abuso de los remedios destinados, como él decía, «á limpiarse la tienda.» En un año, su primer médico le sangró cincuenta veces y le hizo tomar 200 medicinas y otras tantas lavativas; en 1630 estuvo á las puertas de la muerte, en Lyon, á causa de un absceso interno que afortunadamente se reventó; y en diciembre de 1641 tuvo una fluxión que le privaba de tragar y de dormir y sentía tan agudos dolores que no podía resis-

tir el movimiento de la carroza. Excusábase de no poder escribir por su propia mano, á causa de un dolor agudo entre los hombros. Desde Narbona regresó á Fontainebleau, y aunque con su decisión había reparado sus complacencias para con Cinq-Mars, temía encontrarse con Richelieu y tener que sufrir sus reproches. No podía, sin embargo, pasar cerca de Tarascón sin ver al cardenal; así es que se hizo conducir allí, en donde le pusieron una cama al lado de la de Richelieu. Hacía muchos meses que no se habían visto, y en este tiempo, el uno había padecido todas las angustias de una desgracia temida, y el otro sentíase avergonzado de su debilidad para con un traidor. Al verse de nuevo, se emocionaron profundamente y derramaron abundantes lágrimas; el ministro sólo habló de su gratitud por la bondad del rey que resistía todas las calumnias.

El barco en que Richelieu remontaba el Ródano dió remolque al que conducía á De Thou. En Lyon, una comisión compuesta de relatores y de consejeros del parlamento de Grenoble esperaba á los presos para formarles proceso. Gastón de Orleáns, para salvar su vida, había denunciado cobardemente á sus cómplices y entregado todos los secretos del complot; y Cinq-Mars, comprometido por este testimonio, se decidió á confesar, cometiendo la imprudencia de nombrar á De Thou, que sólo era culpable de discreción. Los jueces vacilaban en condenar á este último; pero Richelieu, implacable, quiso que muriese también; y habiendo el canceller Seguíer descubierto una antigua ordenanza que castigaba el silencio como complicidad, Cinq-Mars y De Thou fueron públicamente decapitados en la plaza de los Terreaux (12 de septiembre).

Aquel mismo día escribía el cardenal desde Lentilly, lugar próximo á Lyon: «Perpiñán está en poder del rey, y el señor de Cinq-Mars y el señor De Thou, en el otro mundo; son dos efectos de la bondad de Dios para con el Estado y el rey, que puede decirse son una misma cosa.» En Tarascón había recibido la noticia del fallecimiento de María de Médicis, acaecido en Colonia (13 de julio de 1642). La infortunada reina, desde que saliera de Francia, había ido errante de los Países Bajos á Holanda, de Holanda á Inglaterra y de Inglaterra á Colonia (octubre de 1641), implorando sin cesar de Luis XIII y de su ministro el permiso para regresar á Francia. Richelieu, al saber su muerte, no sintió ni remordimiento ni pesar: «Tengo el placer, escribía en 22 de julio, de haber sabido por cartas que se arrepintió de sus faltas y perdonó á los que consideraba como sus enemigos.» En opinión suya, el rey no estaba obligado á cumplir sus últimas voluntades. Se llevará el cadáver á Dieppe «honrosamente» y desde allí, con honor y dignidad, «á Saint-Denis.» «Cuando esté allí, se pensará despacio en su sepultura, mandando antes construir la del difunto rey (Enrique IV).» «Tendré sumo gusto, añadía, en cuidar de estas obras.»

Desde Lyon había proseguido su viaje á París. Moribundo, con el cuerpo comido por las úlceras, no podía sentarse y se hacía conducir acostado en una cama guarnecida de paño morado que no podía entrar en el interior de las casas sino después de haber ensanchado las puertas y las ventanas. El cardenal, que no olvidaba los terrores que había sufrido, solicitó del rey ó que despidiera á tres capitanes de la guardia y al teniente

de mosqueteros, Troisvilles, ó que le permitiera presentarse delante de él rodeado de sus propios guardias armados. Su desconfianza tenía trazas de insulto, así es que le costó algún trabajo conseguir que fuesen cambiados los oficiales. Pero la muerte había ya hecho presa en él.

Ante la muerte volvió á ser grande. Hasta el último momento despachó los negocios y ordenó bondadosamente á su sobrina, la señora de Aiguillon, la persona á quien más quería, que se retirara y le evitara la vista de sus lágrimas. Cuando el cura de San Eustaquio, antes de darle el Viático, le preguntó si perdonaba á sus enemigos, respondió con energía que no había tenido otros que los que lo eran del rey y del Estado. Con esta confianza desconcertante murió aquel hombre que tantas vidas humanas había sacrificado á la razón de Estado á su propia fortuna y á la grandeza de Francia (4 de diciembre de 1642).

Luis XIII sobrevivió siete meses á su ministro. «Le había respetado tanto en vida, que aun le temía después de su muerte.» No introdujo ningún cambio en el gobierno, se declaró más resuelto que nunca á la guerra y nombró ministros de Estado á Sublet de Noyers, á quien no tardó en destituir, al cardenal Mazarino y á Chavigny.

Pero la reacción fué más fuerte que su voluntad. Poco á poco dejó que regresaran á Francia la mayor parte de los desterrados como el duque de Vendome y la duquesa, admitió en la corte á los que habían caído en desgracia y abrió las puertas de la Bastilla á Bassompierre, á Vitry y á los demás prisioneros; pero, aunque perdonaba, no olvidaba. Sintióse morir, arregló los asuntos del reino para mientras durase la menor edad de su hijo, y si á ello no se hubiesen opuesto tantas dificultades habría quitado la regencia á la reina su esposa y todo poder al duque de Orleáns, su hermano. El 20 de abril de 1643 mandó llamar á todas las personalidades ilustres de la corte y delante de ellas hizo leer una Declaración disponiendo que la reina fuese regente, el duque de Orleáns lugarteniente general del reino y el príncipe de Condé jefe del Consejo que había de ayudar al duque, auxiliados los tres por cuatro miembros que no podrían ser destituidos, salvo en caso de prevaricación, y que eran el cardenal Mazarino, el canceller Seguíer, Bouthillier, superintendente de hacienda, y el hijo de éste, Chavigny. Todos juntos decidirían los negocios por mayoría de votos.

El día 14 de mayo de 1643, murió Luis XIII «esclavo ilustre» hasta el fin de su vida de un ministro que había hecho de él «el rey más grande del mundo.»

CAPITULO XIII

LAS LETRAS Y LAS ARTES DURANTE LOS REINADOS DE ENRIQUE IV Y DE LUIS XIII (I)

I. Las letras durante el reinado de Enrique IV. — II. Las letras en tiempo de Luis XIII y de Mazarino. — III. El arte y la escuela neoclásica.

I.— Las letras durante el reinado de Enrique IV

Un reposo después del gran impulso del siglo XVI, y un nuevo arranque, el final del Renacimiento y el preludio del «siglo de Luis XIV,» tal es, en resumen, la

(1) FUENTES: Una parte de los textos está reunida en la *Bibliothèque Elzevirienne* y en la *Collection des Grands Ecrivains*

historia de las Letras y de las Artes, desde el triunfo de Enrique IV sobre la Liga (2) hasta el gobierno personal de Luis XIV (1661).

Durante el gobierno reparador de Enrique IV, renacen en el espíritu el orden y la disciplina, de lo cual es buen testimonio la literatura.

En los períodos de perturbación que permiten á los caracteres manifestarse libremente, abundan los escritos en que los contemporáneos relatan los hechos y se describen á sí mismos; en cambio son más raras las memorias en los tiempos de obediencia, cuando la vida es uniforme y la personalidad del rey absorbe la de los súbditos y atrae toda la atención. Entonces, hasta los sobrevivientes de las guerras civiles que terminan ó escriben su autobiografía, se interrumpen prudentemente en los comienzos del reinado y aun antes, como si su historia terminara con la reaparición del poder absoluto, y se abstienen de dar sus escritos á la publicidad. Margarita de Valois suspende sus memorias en 1582; el duque de Bouillon, en 1586; Villegomblain, un soldado y un descontento, termina el relato de los disturbios acaecidos durante los reinados de Carlos IX y de Enrique III con una lamentación profunda contra la sórdida economía de Enrique IV y contra la ingratitude de este monarca para los servicios prestados, pero de aquí no pasa; Brantome, que escribe las memorias de

de la France. Una edición definitiva de las *Oeuvres de Descartes* que se halla en curso de publicación, contiene en el tomo VI, el último publicado (1902), el *Discurso del Método* y los *Ensayos*. La última edición de Pascal es la de Brunswik, 1904, 3 vol. En las obras y en los manuales que á continuación citamos se encontrarán las demás indicaciones de textos cuya enumeración en este lugar exigiría demasiado espacio.

OBRAS DE CONSULTA: Brunetiere, *Manuel de l'Histoire de la Littérature française*, 1898, y los *Etudes critiques sur l'Histoire de la Littérature française*, 7 partes. Gustavo Lanson, *Histoire de la Littérature française*, ed. de 1898. Petit de Julleville, *Histoire de la langue et de la littérature française des origines à 1900*, tomo IV: *XVII^o siècle* (primera parte, 1601-1660), 1897. Eug. Rigal, *Alexandre Hardy et le théâtre français à la fin du XVI^o et au commencement du XVII^o siècle*, 1889. Vianey, *Mathurin Regnier*, 1896. F. Brunot, *La doctrine de Malherbe*, 1891. Eug. Jung, *Henri IV écrivain*, 1855. Sainte-Beuve, *Port-Royal*, tomos I, II y III, ed. de 1888. Jacobo Denis, *Sceptiques ou libertins de la première moitié du XVII^o siècle: Gassendi, Gabriel Naudé, Gui-Patin, Lamoignon-Levayer, Cyrano de Bergerac*, «Mémoires de l'Académie nationale des sciences, arts et belles-lettres de Caen,» 1884. Perrens, *Les Libertins en France au XVII^o siècle*, 1896. Gustavo Lanson, *Etudes sur les rapports de la littérature française et de la littérature espagnole au XVII^o siècle* (1600-1660), «Revue d'Histoire littéraire de la France,» 15 de enero de 1896. A. Morel-Fatio, *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII*, 1901. Ernesto Martinenche, *La Comedia espagnole en France de Hardy à Racine*, 1900. Pablo Menard, *Histoire de l'Académie française*, 1859. Gastón Bizos, *Etude sur la vie et les oeuvres de Jean de Mairet*, 1877. Lanson, *Corneille* («Les Grands Ecrivains français»), 1898. Fournel, *Le théâtre au XVII^o siècle, la Comédie*, 1892. N. M. Bernardin, *La Comédie italienne en France et le Théâtre de la Foire*, 1902. Pablo Morillot, *Scarron et le genre burlesque*, 1888. Andrés Le Bretón, *Le Roman au XVII^o siècle*, 1890. Emilio Roy, *La Vie et les Oeuvres de Charles Sorel*, 1891. Alfredo Fouillée, *Descartes*, 1893 («Collection des Grands Ecrivains français»). El capítulo de Hannequin y Thamin sobre Descartes en *Histoire littéraire de la France*, IV. Emilio Boutroux, *Pascal*, 1900 («Collection des Grands Ecrivains français»).

(2) Respecto de los escritores del período anterior, véase en este mismo tomo los capítulos en donde de cuando en cuando se indican y aun se analizan los libros de combate y los libelos.